

C. 1962

CARTA A UN ORDENANDO VACILANTE (1)



Vacilar ante la decisión de ordenarse no es exclusivo de nuestros días. Eso sí, la vacilación actual tiene características incomparables con las que se daban en nuestro próximo pasado. El análisis somero de estas características tan diferentes tal vez ayude a poner un poco de luz en tu problema.

Dos solían ser las fuentes principales de vacilación: el temblor ante el misterio sacerdotal, y las dolorosas renunciaciones que se exigían a perpetuidad al sacerdote. El ~~misterio~~^{temblor} ante el misterio, magnificado por la fe y la estimación reverente del pueblo cristiano, era una fuente natural de vacilación. Se reconocía en el sacerdocio su carácter de misterio, y era tal vez esta nota de misterio sobrenatural la que más resplandecía ante quien se consagraba a él. Lo propio del misterio ~~es~~ es sobrecoger, y de ahí la consecuente vacilación. Este carácter de misterio quedaba cualificado con un matiz que, en cierto sentido, podemos llamar veterotestamentario. Veterotestamentario, porque la condición profética, mediadora y consagrada del sacerdote aparecía como una segregación y una sustitución: como el pueblo no se consideraba capaz de habérselas a solas con Dios, colocaba al sacerdote, segregado de las cosas de este mundo, como un intermediario que le facilitase su relación con Dios. El sacerdote quedaba envuelto en el misterio del Dios lejano y terrible, que forzosamente desmundanizaba y desecularizaba a quienes se dedicaban de corazón a él. Revestido de poderes sobrenaturales y consagrado al Señor, la dignidad del sacerdote y su imprescandibilidad estaban fuera de duda. De esta misma fe del pueblo participaba el que sentía la vocación sacerdotal, y ante el gravísimo paso de su ordenación ~~xxxxxxxxxx~~ no podía menos de vacilar y de preguntarse si podría responder a su altísima misión.

Para acentuar este carácter misterioso y para dar mayor sensibilidad a la segregación sacerdotal, el sacerdocio iba unido a ciertas formas renunciantes, que se consideraban casi absolutamente inseparables del sacerdocio. Era la consecuencia obvia de su carácter sagrado, pero era también la contrapartida que el pueblo exigía de un sacerdocio, al que había colmado de derechos:

(1) El autor suplica a sus lectores, que tengan en cuenta el género literario de estas líneas y el preciso destinatario al que están dirigidas. Se trata del modesto género epistolar, y el destinatario es un joven de hoy próximo a ordenarse, que ~~xxxxxxxx~~ se pregunta si merecerá la pena ordenarse de sacerdote hoy, o será mejor ponerse al servicio de Cristo fuera de esta estructura sacerdotal que hoy se presenta con características retardatorias de una acción eficaz.



el derecho de adoctrinarle, el derecho de intervenir en los momentos más cruciales de su vida, el derecho de entrar en su propia conciencia para juzgarla condenarla y perdonarla...El sacerdote se educaba así separado de los demás, llevaba unos estudios y un estilo de vida muy distinto aun de los mejores cristianos; se vestía con ropajes singulares; era apartado de ocupaciones y diversiones que para los demás eran honestas. Y, sobre todo, se le exigía un celibato a perpetuidad y una renuncia absoluta a la mujer.

El supuesto general ~~existente~~ del que fluían esas dos fuentes, era el reconocimiento unánime del carácter "superior" del sacerdote. El sacerdocio era la cota más alta no sólo de la Iglesia, sino, más en general, del Cristianismo. Quienquiera aspirara en la Iglesia a lo más alto, con tal de no ser mujer, debía entrar por este camino. Esta mayor altura socialmente reconocida, pero que se estimaba como objetivamente fundamentada, ofrecía suficiente base psicológica para afrontar la terribilidad del misterio y las renunciaciones que el sacerdocio implicaba.

Como consecuencia de esta situación, sobre todo en países y épocas poco desarrollados económica y culturalmente, eran los superiores jerárquicos los que, estimando el sacerdocio como un premio y una dignidad, ponían condiciones y pedían pruebas a los que pretendían ordenarse. No se trataba tan sólo de que se exigiesen las garantías debidas al estado sacerdotal, sino de que se servían del carácter apetecible del sacerdocio para forzar la conducta de los ordenandos y obligarles a un sometimiento, al menos externo, al estilo de vida que los superiores estimaban como el adecuado.

Hoy la situación es notablemente distinta. La vacilación del que ve acercarse la fecha de su ordenación tiene características muy diversas. Podría formularse en una pregunta: ¿merece la pena ordenarse de sacerdote, aun en el supuesto de que se quiere servir con todas las fuerzas en favor del sentido cristiano de la vida? Hasta ahora esta pregunta apenas tenía sentido. La cuestión no era la dignidad suprema del sacerdocio, ni su carácter de máxima efectividad cristiana, sino si uno tenía capacidad y vocación para ese estado superior. Hoy, esa pregunta no es retórica. Es la pregunta que tú, y otros muchos como tú, os la proponeis más o menos explícitamente. Y esta pregunta, como pregunta, me parece a mí justificada tanto en el orden psicológico como en el orden teológico.

En el orden psicológico, ante todo. Socialmente, el sacerdocio representa cada vez menos un lugar privilegiado, ya no para la propia satisfacción, sino para el servicio a los demás. Por poner un ejemplo bien actual: ¿es el sacerdocio el puesto mejor para ponerse al servicio de los oprimidos socialmente? ¿Es el sacerdote el ~~ii~~ mejor situado para intervenir en una revolución, que no parezca a todos evidentemente necesaria? ¿Van unidos indisolublemente sacerdocio y eficacia cristiana? Hasta ahora el sacerdocio ofrecía, evidentemente ^{dentro} del cristianismo un status socialmente reconocido, que multiplicaba las posibilidades de eficacia del sacerdote. Pero, incluso fuera del ambiente cristiano, el sacerdocio ofrecía una formación cultural, superior al de la inmensa mayoría del pueblo.

Ordenarse de sacerdote no es ya una bicoca. El sacerdocio va perdiendo terreno: su ~~su~~ status económico se va aproximando cada vez más al de los más bajos de la sociedad; su altura cultural poco a poco va siendo alcanzada por más y más gente; su forma de trabajar es cada vez socialmente menos estimada; su prestigio ya no depende tanto del cuerpo al que pertenece, pues el cuerpo sacerdotal va perdiendo paulatinamente prestigio; las funciones que hasta aquí desarrollaba subsidiariamente, van siendo realizadas mejor por quienes no son sacerdotes... No puede decirse, Dios nos libre, que los sacerdotes de ayer no renunciaban a nada; que para ellos el sacerdocio era una bicoca. Pero no hay duda que en su caso había una serie de compensaciones de orden espiritual y social, que hoy van perdiendo su volumen y su estimación.

En el orden teológico, también. Dos puntos quisiera insinuar tan sólo, para no entrar en el complejo problema de la secularización, tan en boga hoy como interpretación esencial del cristianismo. El primero, la indudable e imperiosa ascensión del seglar a una cierta mayoría de edad en la Iglesia; "cierta" tan sólo, porque por lo visto las mayorías de edad no están todavía bien consideradas dentro de ~~ciertos~~ algunos círculos eclesiásticos. El segundo, la decreciente estima de lo puramente sacramental, de lo que pudiéramos llamar el puro "ex opere operato", no sólo ~~dentro~~ ^{fuera} del mundo católico sino aun dentro de él. Y si quitamos la línea estrictamente sacramental, ¿le queda algo específico al sacerdocio? De toda la misión de Cristo, ¿qué es lo sacerdotal en cuanto visible y concretamente encarnado? Cada vez se da mayor relieve a la personalización del sacramento, a su subjetivación. Se insiste en la necesidad de un contacto inmediato con Dios sin mediación alguna del sacerdocio ni de

la jerarquía, incluso sin mediación de una estructura sacramental y visiblemente organizada. Ya no es sólo que lo sacerdotal, en el campo psicológico, pierda presión social; es que, aun desde el campo teológico, el acento va sobre letras que no son las exclusivamente sacerdotales. Aquí, como en tantos otros sectores de la vida de la Iglesia, lo antiguo no satisface y lo nuevo no acaba de encontrar su plasmación satisfactoria.

Como consecuencia de esta nueva situación, la vacilación del que hoy se enfrenta con el sacerdocio es de signo muy distinto. Cuando se ha despojado al sacerdocio de su nimbo ~~misterioso~~ excesivamente misterioso y desencarnado, cuando se ha hecho aparentemente más fácil el compromiso sacerdotal, porque a primera vista se le exige menos al sacerdote y porque se ha hecho incomparablemente más fácil la liberación de las cargas sacerdotales, la vacilación no ha desaparecido. Se ha hecho más frecuente y se ha hecho más desalentadora. Lo que hasta hace poco era cuestión de unos cuantos, que no se sentían con fuerzas para afrontar la carga del sacerdocio, se ha hecho ahora cuestión de muchos que presienten no merecer ^{la pena} gastar la vida en una empresa sin relieve y problemática. Son muchos más los que vacilan y vacilan por razones casi contrarias, a las que antes ocasionaban la vacilación. Aparentemente no asusta ya el misterio sacerdotal, que ha quedado desmitificado, y tampoco asustan las cargas típicas del sacerdocio, al menos cuando se las enfrenta con ánimo generoso.

¿Qué es, entonces, lo que ocurre? ¿Es que ya no merece la pena ser sacerdote? ¿Es que al perderse el carácter excesivamente religioso del sacerdocio, ya no queda lugar a un sacerdocio cristiano? ¿Es que el sacerdocio puede representar un impedimento para una realización plena del cristiano?

Dejemos de lado a los que, hoy como ayer, no pretenden un cristianismo integral; dejemos de lado, a los que consciente o inconscientemente, buscan en el sacerdocio una forma de vida que, por razones prácticas de muy distinta índole: psicológicas, sociales, educativas, etc., les va en conjunto mejor. Dejemos también de lado, a los que vacilan ante el sacerdocio por una baja, ocasional o definitiva, de su espíritu de fe o de su amor cristiano; cuando esta baja no es debida a razones, que enseguida diré, la vacilación supone una desertión, que, no por ser de difícil recuperación, da derecho a un planteamiento que desborde el puro caso personal. Atendamos tan sólo al problema que plantean ~~los~~ los que sinceramente buscan darse plenamente a

los demás dentro de la luz y de la gracia del Cristianismo, los que sinceramente quieren servir a Dios en los hombres dentro de la vocación cristiana.

Lo que a éstos les ocurre es que sospechan que el sacerdocio concreto de hoy les es grave impedimento para llevar a término su vocación cristiana y humana. Les parece que el sacerdocio por la carga histórica que trae consigo, por la forma usual en que hoy se realiza, por las trabas que la jerarquía y la sociedad le ponen, por su carácter de cuerpo con los sacerdotes que entienden de forma distinta el sacerdocio, por su segregación afectiva, material y social...., por un conjunto de motivos casi impalpables, les impide la libertad y la naturalidad de su comportamiento humano y de su servicio a los hombres.

¿Qué decir frente a esta situación? Ante todo, que es una situación peligrosa, pero extraordinariamente fecunda. Es, además, una situación necesaria, inevitable, y de ningún modo una situación artificialmente construida. Si el sacerdocio quiere encontrarse a sí mismo, debe enfrentarse con ella, asumirla, para llegar a su propia transformación radical, sin la que perderá, al menos de momento, las posibilidades concretas de una vigencia operante en todo el gran sector de los apartados de la Iglesia y del Cristianismo, y en todo el gran sector, entre los cristianos, que no se sienten satisfechos con la manera actual, que muchos quieren hacer pasar como el núcleo mismo inalterable del Cristianismo, por la sola razón de que no han conocido otra cosa y tienen pereza o miedo de afrontar cualquier transformación. Se trata de una situación viva, capaz de vivificar y renovar el sacerdocio, si es que se la toma en toda su seriedad difícil y oscura.

Para entenderlo es preciso atender a que muchas estructuras cristianas, y no poco importantes, están no en transición sino en crisis. Hay crisis, cuando no es éste o el otro punto el que se bambolea, sino cuando el cuadro mismo en que están enmarcados, al menos una serie importante de puntos graves, se ha vuelto o inaceptable o, al menos, sin vigencia para la propia vida. Decir que esto está ocurriendo en nuestro mundo cristiano, no es novedad. Pero en lo que no se insiste suficientemente es que en tiempos de crisis el talante y las soluciones no pueden ser los mismos en tiempo de transición. No puede serlo en los de arriba, pero tampoco en los de abajo.

Cuando no hay crisis, el problema es concreto y puede resolverse con una solución más o menos adecuada. Pero cuando hay crisis fallan hasta los supuestos mismos de la solución, supuestos dados en gran parte por la situación misma. Sólo cuando la situación ha ido transformándose desde sí misma, se encuentran elementos suficientes para resolver el problema. Pero cuando la situación se ha transformado es que ya ha terminado la crisis. Es éste un punto que considero de extrema importancia, precisamente para los que vacilan, para los que quieren abandonar su posibilidad sacerdotal, pues de ellos depende, ya que sienten toda la fuerza de la crisis, el que la situación vaya transformándose desde dentro.

Esto debería conformar la actitud tanto de los de arriba, como de los de abajo. De los de ~~arriba~~ arriba no pueden pretender que las respuestas antiguas siguen sin más vigentes, en un momento en que los supuestos teológicos, sociales e individuales son muy otros; los de arriba no tienen derecho a juzgar los nuevos signos, como si fueran signos de un tiempo pasado, pues en el pasado sí hubieran tenido una significación condenable. De los de arriba, pero también de los de abajo. Los de abajo no pueden decidir como si de hecho no hubiera crisis, como si todo fuera a seguir como hasta ahora, como si no fueran ellos los que con su sacrificio y su lealtad, con su doliente oscuridad encarnada, tuvieran que alumbrar un mundo nuevo.

Es que no ~~veamos~~ vemos claro, dicen muchos ordenandos de hoy. Es que no se puede ver claro, porque el que vea claro es que no está inmerso en la crisis, es que no está encarnado. Ver claro lo oscuro es la mayor traición intelectual y vital que se puede hacer a la situación y a sí mismo. Lo único que se puede exigir es ver suficientemente para no estar convencido de que el camino elegido es claramente ~~un~~ falso.

Esto parece que es demasiado poco. Y es poco, cuando no se está en crisis. Pero es una posición razonable para quien vive la crisis, y creo que la crisis es una forma necesaria de la historicidad del hombre y de la salvación, una forma en la que está operando la palabra de Dios. Si pensamos que el sacerdocio debe acompasar su paso a la marcha revolucionaria de la humanidad, no pretendamos que ese acompasamiento lo van a hacer aquellos que ven claro porque repiten incansablemente unos planteamientos, de los que desconocen sus bases ideológicas y sociales, necesariamente en cambio.

No es que uno pueda decidirse a la ligera por el sacerdocio. Lo que propongo es todo lo contrario. Lo que digo es que quien está comprometido desde hace tiempo en una línea que normalmente lleva al sacerdocio, el que se ha sentido llamado personalmente a un género de vida que va a desembocar en el sacerdocio, y sigue sintiendo el mismo impulso a un servicio integral al hombre, debe realizarlo en esta forma de ver el mundo y de servir al mundo que es el sacerdocio, incluso tal como sociológicamente está hoy configurado. Esto no es decidirse a la ligera; esto no es decidirse irracionalmente; esto no es decidirse desesperadamente. Esto es decidirse en libertad, y la libertad es una forma profundísima de razonabilidad, que implica la oscuridad y que está muy próxima a la esencia misma de la fe. ¿No aparece así de otra forma más profunda y más encarnada el misterio terrible del sacerdocio? ¿No aparece así de forma más seria y más comprometedora la tremenda carga y la pesada renuncia del sacerdocio? Desde este punto de vista, sea lo que sea de las apariencias superficiales, al nuevo sacerdote no se le ofrecen facilidades precisamente.

Queríamos un sacerdocio claro e indiscutido. Es la permanente tentación del racionalismo. Toda forma de racionalismo es una forma de miedo al misterio de la vida, al escándalo de la encarnación. Se piensa que sólo unas formas gloriosas de sacerdocio, pueden salvar a la Iglesia. Hay que seguir buscando, hay que seguir peregrinando en la confianza oscura, en la esperanza, de que el camino elegido honesta y sacrificadamente llevará más cerca de la luz. El no tener soluciones totales es tal vez el signo de que se está fielmente entregado a la verdad de la realidad y a la verdad de la historia. Y Dios habla por la realidad y por la historia.

Por eso, la figura del sacerdote de hoy y de mañana no está, ni puede estar, dibujada. Se dice que ha de volverse uno al ámbito estrictamente sacramental, de suerte que quien no siente una preponderante inclinación al ámbito estrictamente sacerdotal y litúrgico no debe ir al sacerdocio. Esto es todo menos evidente. La sacramentalidad cristiana tiene inexorablemente unida un momento esencial de palabra, y el que siente inclinación a la palabra de Dios enriquece sustancialmente el cuerpo del sacerdocio, aunque delegue ciertos signos sacerdotales en otros miembros de ese cuerpo. Ningún sacerdote tiene por qué pretender cumplir él solo toda la función sacerdotal, y cumplirla de una misma forma. Es verdad que hoy se necesita una mayor personalización del sacramento, que al sacramento sólo se debe ir cuando internamente se ha realizado todo lo que el sacramento apunta, que el sacramento no es tanto un comienzo como una última



visibilización de una gracia que ya ha empezado a operar a través de la palabra interiorizante.

Se dice que el sacerdote es el profeta por excelencia, y que, por tanto, quien no sienta el misterio de la palabra cristiana, quien no sienta una capacidad viva de transmitir esa palabra, no debe embarcarse en el sacerdocio. Tampoco esto es claro. El profetismo no es un reino acotado para los sacerdotes. Y, además, lo que es la palabra cristiana, a pesar de las decisiones que puedan tomar todos los Tribunales Supremos del mundo, no es fácil de decidir por quien haya leído a los Profetas del Antiguo Testamento, y por quien haya seguido con detención los matices del profetismo en la ~~meditación~~ predicación y en la acción de Cristo. Hay muchas formas de encarnar la palabra, hay muchas formas de ser palabra y testimonio evangélico. Hay que volver a meditar profundamente sobre la concreta encarnación del sacerdocio de Cristo en su vida histórica.

Hay que seguir buscando hay que seguir transformando. Y en esta busca y en esta transformación el sacerdocio representa hoy sociológicamente un lugar privilegiado para cambiar desde dentro las estructuras cristianas, y para dar testimonio hacia fuera de lo que es el cristianismo en toda su feruza redentora de las estructuras humanas. Es un lugar difícil porque en su concreción histórica está emepequeñecido y dificultado por trabas, cuya justificación transcendente es todo menos convincente. Pero si no queremos aceptar la necesaria encarnación del espíritu, el forzoso emepequeñecimiento del espíritu, estamos negando la idea fundamental de la antropología y la idea fundamental de la teología cristiana. El escándalo de la encarnación de Cristo fué de verdad escándalo para los que le vieron. El escándalo de la encarnación de un espíritu sacerdotal dentro de determinadas estructuras actuales es un escándalo para el mismo que se ve obligado a encarnarse y es una piedra de tropiezo para quienes no quieren entender que toda la presencia de Dios en el mundo es escandalosa. El sacerdocio sigue ofreciendo hoy un cauce extraordinariamente rico para el ejercicio de un cristianismo integral, y una posición crucial para la transformación de las estructuras cristianas.

No he pretendido con estos planteamientos generales arrancarte de tu vacilación. Lo único que he pretendido es indicar que esta vacilación no es de por sí una objeción suficientemente decisiva para juzgar que tu sacerdocio es problemático. Quien no vacilase sería un ingenuo o un apocado, que no ha meditado

sobre el misterio del sacerdocio, y que no se ha percatado de la oscuridad histórica en que está envuelta hoy el futuro sacerdotal. Por tanto, tu vacilación es un signo auténtico de que podrás ayudar a iluminar la figura del nuevo sacerdote. Un sacerdote que no sabemos cómo será, pero que ha de ser múltiple y variado, tan múltiple y variado como es el carisma y la vocación de cada persona y de cada cristiano. Tanto como debe atenderse a las líneas objetivas de lo que es el cristianismo y el sacerdocio cristiano, debe atenderse a la vocación personal, a la forma personal en que debe vivirse ese sacerdocio.

La vacilación nace hoy en gran parte, porque no se ve en el sacerdocio un marco adecuado para servir de forma personal y de forma total a los demás hombres, especialmente a los pobres y oprimidos. Nace porque se ve que el sacerdocio más que ayudar a la salvación integral de los pobres y oprimidos, lo impide. Nace porque se ve que el sacerdocio dificulta el desarrollo pleno y actual de lo que hoy debe ser el hombre. Por todo ello, la vacilación, está justificada. Pero sólo la vacilación. Porque una fe profunda en el cuidado de Dios sobre la realidad humana, cuidado que en muchas ocasiones es piedra de escándalo, debe servirnos para afirmar que nada auténticamente cristiano, nada auténticamente sacerdotal, puede exigir una reducción en el servicio a los demás hombres, especialmente a los oprimidos, ni puede exigir una redención que no lleve en sí misma el germen de una resurrección total en este mundo. Cultivar esta fe, sin desertar, en la cruz de las concretas estructuras, será lo que posibilite una transformación insospechada de lo que en ellas hay de caduco, de reductor y de pecado.